

EL «IS-UGHT PASSAGE» Y SU EVOLUCION EN EL SENO DEL NEOPOSITIVISMO

José Luis del Barco. Universidad de Málaga

I

1. Durante gran parte de su dilatada historia, la lógica ha sido básicamente una ciencia del discurso teórico. Ni por su interés, ni quizás por sus mismas posibilidades técnicas, se había ocupado sistemáticamente del discurso ético. En los últimos tiempos, en cambio, el panorama ha cambiado decididamente, y, junto al análisis del ser, la lógica se ha ocupado con insistencia y rigor del deber-ser. Quizás como consecuencia de esta irrupción en un campo alejado en otros tiempos de sus intereses, el primer problema abordado con rigor y firmeza haya sido el de las relaciones entre los dos tipos de discursos. ¿Es legítimo el paso del discurso teórico al ético? ¿Constituye el conocimiento del ser una base suficiente para la determinación de lo que debe ser? En estos interrogantes podría fijarse emblemáticamente uno de los empeños decisivos de la lógica cuando decidió ampliar su campo hasta abarcar el discurso ético.

No es que, en rigor, el problema sea nuevo. Acaso se trata de una cuestión eterna inherente a la propia estructura interna del discurso ético. Lo nuevo de este viejo problema reside, más bien, en la logicización del mismo, y en las convicción, tácita o declarada, de que la lógica ha dado una respuesta contundentemente negativa a las preguntas que antes formulábamos. Pasar por alto la tajante prohibición de transitar del ser al deber-ser conduce a un lamentable sofisma, cuya denominación ha pasado ya a engrosar el acervo terminológico de la ética: la falacia naturalista¹.

De este modo, los estudiosos de la ética se han alineado en torno a dos actitudes irreconciliables y opuestas —pugnazmente opuestas— entre sí: la cognoscitivista y la no-cognoscitivista². La primera considera que el conocimiento racional es base su-

¹ Sobre la falacia naturalista merecen destacarse los siguientes estudios: W. E. Frankena, *The Naturalistic Fallacy*, en *Mind*, XLVIII (1963). C. Lewy, *G. E. Moore on the Naturalistic Fallacy*, en *Proceedings of the British Academy*, L., Londres, 1964. M. Santos Camacho, *Ética y filosofía analítica*, Eunsa, Pamplona, 1975, especialmente págs. 133-200. E. Guisán, *Los presupuestos de la falacia naturalista. Una revisión crítica*, Santiago de Compostela, 1981.

² Los términos «no-cognoscitivismo», con el que se expresa la actitud que se niega a fundar las proposiciones éticas en el conocimiento, y «cognoscitivismo», expresivo de la actitud opuesta, se han consolidado en la terminología de la filosofía moral de nuestros días. Véanse, al respecto, Ph. B. Rice, *On the knowledge of Good and Evil*, New York, 1955, introducción, págs. 8-11 y R. S. Hartman, *General Theory of Value*, en *La philosophie au milieu du vingtième siècle*, vol. III, Florencia, 1958, pág. 7.

ficiente para fundamentar las decisiones éticas; la segunda, por el contrario, niega tal fundamentación, y acusa de ilegítimo a todo tránsito desde el ser al deber-ser.

La actitud no-cognoscitivista ha sido acogida favorablemente sobre todo en el área filosófica del neopositivismo y en la del análisis del lenguaje. Pese a sus diferencias, ambas corrientes coinciden en negar que los juicios éticos sean derivables de los enunciativos.

2. Ahora bien, nos interesa destacar —y los propios no-cognoscitivistas se declaran deudores de Hume— que esta actitud no es novedosa, pues aparece formulada con rotunda claridad y precisión aristada en un conocido pasaje —el *is-ought passage*— del libro tercero del *Treatise of Human Nature* de David Hume:

«No puedo dejar de añadir a estos razonamientos una observación que puede resultar de alguna importancia. En todo sistema moral de que haya tenido noticia, hasta ahora, he podido siempre observar que el autor sigue durante cierto tiempo el modo de hablar ordinario, estableciendo la existencia de Dios o realizando observaciones sobre los quehaceres humanos, y, de pronto, me encuentro con la sorpresa de que, en vez de las cópulas habituales de las proposiciones: *es* y *no es*, no veo ninguna proposición que no esté conectada con un *debe* o un *no debe*. Este cambio es imperceptible, pero resulta, sin embargo, de la mayor importancia. En efecto, en cuanto este *debe* o *no debe* expresa alguna nueva relación o afirmación, es necesario que ésta sea observada y explicada y que al mismo tiempo se de razón de algo que parece absolutamente inconcebible, a saber: cómo es posible que esta nueva relación se deduzca de otras totalmente diferentes. Pero como los autores no usan por lo común de esta precaución, me atreveré a recomendarla a los lectores: estoy seguro de que una pequeña reflexión sobre esto subvertiría todos los sistemas corrientes de moralidad, haciéndonos ver que la distinción entre vicio y virtud, ni está basada meramente en relaciones de objetos, ni es percibida por la razón»³

A pesar de la precisión del texto, hay quienes han rechazado que Hume pretendiese expresar en él la inderivabilidad del «ought» del «is»⁴, pues, en ese caso, él habría sido el primero en transgredir su propia prohibición. Sin embargo, esta interpretación de Hume no ha resultado convincente⁵, aparte de que el propio título de la sección en la que se inserta el pasaje —*Moral Distinctions not derived from Reason*— expresa con claridad la intención humeana de considerar inderivable el «ought» del «is».

El hecho de que Hume haya desatendido su propio mandato no debe sorprender, pues aparte de su frecuente falta de rigor⁶, otros sostenedores de la tesis humeana han incurrido en semejante violación de la prohibición en cuestión.

³ D. Hume, *A Treatise of Human Nature*, reprinted from the original edition in three volumes and edited with an analytical index by L. A. Selby-Bigge, Oxford at the Clarendon Press, 1975, III, I, I, págs. 469-470 (689-670). Las cifras entre paréntesis se refieren a la página de la traducción española de Félix Duque, *Tratado de la Naturaleza Humana*, ed. Nacional, Madrid, 1977 (2 vol.).

⁴ Véase al respecto A. C. MacIntyre, *Hume on «Is» and «Ought»*, en *Philosophical Review*, LXVIII (1959); también G. H. Hunter, *Hume on «Is» and «Ought»*, en *Philosophical Review*, XXXVII (1962).

⁵ Las críticas más contundentes a la interpretación de MacIntyre se deben a R. F. Atkinsons, *Hume on «is» and «Ought»*, en *Philosophical Review*, LXVIII (1959) y a M. J. Scott-Taggart, *MacIntyre's Hume*, en *Philosophical Review*, LXX (1961). A Hunter le ha contestado especialmente A. Flew, *On the Interpretation of Hume*, en *Philosophy*, XXXVIII (1963).

⁶ Por ejemplo, al ocuparse de las impresiones dice de ellas que son existencias internas («all impressions are internal and perishing existences»). *Treatise*, I, IV, II, pág. 194 [328]), olvidando que, al tratar de las cualidades del espacio y el tiempo, había establecido que las impresiones de sensación son originales, en tanto que las de reflexión son internas. Cfr. *Treatise*, I. II. III, pág. 33.

Pero es que, en rigor, lo que pretendemos esclarecer no es la actitud de Hume como tal, sino su tesis, al margen de que su propio formulador la haya o no desatendido. En este sentido, el conocido pasaje previamente citado, e incluso la completa sección en que se inscribe, es clara muestra de la actitud que se ha convenido en llamar anticognoscitivista; así lo han entendido los modernos propugnadores —neopositivistas y analíticos— de la tesis.

3. Vamos a seguir el pensamiento humeano lo más ajustadamente posible, con objeto de poner de manifiesto lo que venimos sosteniendo: la rotunda negativa del filósofo edimburgués a transitar del ser al deber-ser.

—En primer lugar, Hume niega carácter científico a la ética: jamás podrá este saber convertirse en objeto de demostración, ni logrará alcanzar el grado de certeza genuino del álgebra y la geometría⁷.

—En segundo lugar, Hume critica con dureza toda forma de racionalismo, naturalismo y dogmatismo, posturas que, a su juicio, incurren en el lamentable error de aproximar la moralidad a la verdad, y considerar que aquella es —como la verdad— objeto de discernimiento por medio de la comparación de ideas:

«Quienes afirman que la virtud no consiste sino en una conformidad con la razón, que existe en las cosas una eterna adecuación y que ésta es idéntica para todo ser racional que la contemple, que las medidas inmutables de lo justo y lo injusto imponen una obligación no solamente a las criaturas humanas, sino hasta a la misma Divinidad; quienes dicen todas estas cosas sostienen unos sistemas que coinciden en afirmar que la moralidad, como la verdad, se discierne meramente por medio de ideas, por su yuxtaposición y comparación. Para emitir un juicio acerca de estos sistemas no necesitamos, pues, sino considerar si es posible distinguir entre el bien y el mal morales en base a la sola razón, o si resulta necesaria la intervención de otros principios para poder realizar dicha distinción⁸.

El planteamiento de Hume es claro: se trata de averiguar si la distinción entre el bien y el mal puede hacerla la razón.

—En tercer lugar, debemos notar que la respuesta a tan decisivo asunto es francamente negativa. Por muy desalentador que pueda ser, el filósofo escocés se niega a conceder que las reglas morales sean conclusiones extraídas de la razón. Hay innumerables manifestaciones claras y rotundas sobre el asunto: «Y como la moralidad se incluye siempre en el segundo apartado —la filosofía práctica—, se supone que influye sobre nuestras pasiones y acciones y que va más allá de los serenos y desapasionados juicios del entendimiento»⁹. «Dado que la moral influye en las acciones y afecciones, se sigue que no podrá derivarse de la razón, porque la sola razón no puede tener nunca una tal influencia»¹⁰. «Las reglas de moralidad no son conclusiones de nuestra razón»¹¹. «La razón no tiene influencia alguna sobre

⁷ «There has been an opinion very industriously propagated by certain philosophers, that morality is susceptible of demonstration; and though no one has ever been able to advance a single step in those demonstrations; yet it is taken for granted, that this science may be brought to an equal certainty with geometry or algebra». *Treatise*, III, I, I, pág. 463 (682). En tiempos más recientes, Pincare ha puesto de manifiesto una semejante incapacidad de la ciencia para demostrar las leyes morales —como, paralelamente, para la virtual destrucción del sentimiento de la moralidad—. Puede verse, al respecto, su obra *Dernières Pensées*, Paris, 1913. Sobre el carácter científico de la geometría, la actitud de Hume ha sido vacilante. Véase, al respecto, C. Mellizo, *En torno a Hume*, ed. Monte Casino, Zamora, 1978, especialmente el capítulo «Hume y el problema de la Geometría», págs. 85-121.

⁸ *Treatise*, III, I, I, págs. 456-457 (674). Hume se refiere, sobre todo, a Cudworth, Price y Wollaston. Cfr. el excelente estudio de R. D. Broiles, *The moral Philosophy of David Hume*, La Haya, 1962.

⁹ *Treatise*, III, I, I, pág. 457 (674).

¹⁰ *Ibid.*

¹¹ *Ibid.* (675).

nuestras pasiones y acciones... es inútil pretender que la moralidad pueda descubrirse sobre la sola base de una deducción racional»¹².

—Finalmente, el título con el que se abre la sección es por sí solo ya suficientemente significativo: *Moral Distinctions not derived from Reason*. Analicemos con el mayor detenimiento este importante título. Creemos que una vez concluido el análisis en cuestión estaremos suficientemente autorizados para considerar claramente no-cognoscitivista la actitud de Hume. En la segunda parte de este trabajo rastreamos la presencia —con toda suerte de inflexiones, críticas y modificaciones— de esta tesis en el ámbito filosófico del neopositivismo y del análisis del lenguaje.

a) Por distinciones morales entiende Hume todos los términos expresivos de valor y disvalor —«virtue» y «vice», «good» y «evil», «right» y «wrong», etc.— que forman parte del discurso práctico —sea éste ético, político o de cualquier otro tipo— y con los cuales se construyen las proposiciones normativas. Para todo este tipo de proposiciones, que genéricamente podemos llamar éticas, tiene vigencia la prohibición humana de transitar del «is» al «ought».

b) Aunque el título es suficientemente claro, hay quienes lo han interpretado de otro modo. Popper, por ejemplo, da a las palabras humeanas un sentido francamente distinto del original. A su juicio, las proposiciones éticas son inderivables de proposiciones factuales —no de la razón—. Claro está, Popper no acierta a captar la radicalidad del anticognoscitvismo humeano, pues si, a la manera de Carnap, distinguiéramos entre ciencias reales y formales¹³, cabría la posibilidad de mantener el carácter cognoscitivista de la ética aun cuando sus proposiciones no derivasen de proposiciones factuales, pues podrían derivar de las proposiciones propias de las ciencias formales.

Por su parte, Prior ha hecho una interpretación igualmente inexacta, pues ha formulado que las proposiciones éticas son inderivables de proposiciones no-éticas¹⁴. Tampoco Prior capta adecuadamente la actitud no-cognoscitivista de Hume, pues si las proposiciones éticas tuvieran acaso un carácter semejante al de las leyes físicas o al de los teoremas de geometría, por ejemplo, cabría aceptar la postura de Prior sin caer en no-cognoscitvismo. La tesis de Hume es, pues, más radical, y exige que «ético» se contraponga a «cognoscitivo», no simplemente a «factual» o a «no-ético».

Creemos que sobre este asunto Hume expresa, no obstante, su pensamiento con absoluta claridad. El término que contrapone a «moralidad» es «razón» —no «factual» o «no-ético»—, la cual no es un tipo de conocimiento, sino el conocimiento *qua talis*. Entre moralidad y razón median decisivas diferencias. Desde un punto de vista pragmático, la moralidad se distingue de la razón por el distinto influjo que ejerce sobre la acción. Mientras las normas morales pueden provocar la acción, los juicios del intelecto no tienen, en opinión de Hume, poder alguno sobre ella:

«La filosofía se divide comúnmente en *especulativa* y *práctica*. Y como la moralidad se incluye siempre en el segundo apartado, se supone que influye sobre nuestras pasiones y acciones y que va más allá de los serenos y desapasionados juicios del entendimiento. Y esto se halla confirmado por la experiencia ordinaria, que nos muestra a los hombres frecuentemente guiados por su deber y disuadidos de cometer alguna acción por considerarla injusta, mientras se ven inducidos a realizar otras por creerlas obligatorias... Un principio activo no puede estar nunca basado en otro inactivo, y si la razón es en sí misma inactiva, deberá permanecer así en todas sus formas y apariencias, ya se ejerza en asuntos naturales o morales, ya examine el poder de los cuer-

¹² *Ibid.*

¹³ Véase, al respecto, *Formalwissenschaft und Realwissenschaft*, en *Erkenntnis*, V (1953).

¹⁴ «Reid simply refuses to meet Hume's demand...to show how ethical propositions may be deduced from non-ethical ones». A. N. Prior, *Logic and the Basis of Ethics*, Oxford, 1965, pág. 33.

pos externos o las acciones de los seres racionales. Sería aburrido repetir ahora todos los argumentos por los que he probado ya que la razón consiste en algo perfectamente inerte y que nunca puede evitar o producir una acción o afección»¹⁵.

Desde un punto de vista semántico, la razón queda definida como descubrimiento de la verdad y de la falsedad, categorías que se encuentran fuera del ámbito de la moral. Las distinciones morales, por su parte, son determinadas por la pasión y la voluntad e influyen sobre la acción. Pero las pasiones, las voliciones y las acciones son hechos completos, insulares, sin referencia alguna a nada distinto de ellos mismos, por lo cual no puede predicarse de ellos la verdad ni la falsedad —al carecer del término con el que establecer la *adaequatio*—, ni tampoco determinar si son conformes o contrarios a la razón:

«La razón consiste en el descubrimiento de la verdad o la falsedad. La verdad o la falsedad consiste a su vez en un acuerdo o desacuerdo con relaciones *reales* de ideas, o con la existencia y los hechos *reales*. Por consiguiente, todo lo que no sea susceptible de tal acuerdo o desacuerdo es incapaz de ser verdadero o falso, y en ningún caso puede ser objeto de nuestra razón. Ahora bien, es evidente que nuestras pasiones, voliciones y acciones son incapaces de tal acuerdo o desacuerdo, en cuanto que son hechos y realidades originales completos en sí mismos, sin implicar referencia alguna a otras pasiones, voliciones y acciones. Es imposible, por consiguiente, que puedan ser considerados verdaderos o falsos, contrarios o conformes a la razón»¹⁶.

La contraposición humeana se establece, pues, entre moral y verdad, de modo que cuando nuestro filósofo opone «is» a «ought», el «is» no simboliza simplemente una proposición factual o una no-ética, sino una proposición cognoscitiva, de la cual puede predicarse la verdad o la falsedad. Por otro lado, el conocimiento que el «is» simboliza no es el conocimiento empírico o el «*a priori*», sino el conocimiento *tout court*. Como la moralidad queda al margen del conocimiento en este amplio sentido, Hume se ve obligado a entroncarla con el sentimiento:

«He aquí una cuestión de hecho —el sentimiento de desaprobación—: pero es objeto del sentimiento, no de la razón. Está en vosotros mismos, no en el objeto. De esta forma, cuando reputais una acción o un carácter como viciosos, no queréis decir otra cosa sino que, dada la constitución de vuestra naturaleza, experimentais una sensación o sentimiento de censura al contemplarlos. Por consiguiente, el vicio y la virtud pueden compararse con los sonidos, colores, calor y frío, que, según la moderna filosofía, no son cualidades en los objetos, sino percepciones en la mente»¹⁷.

c) No creemos que quepa la menor duda acerca del significado que Hume confiere a términos como «is», «ought», «reason», etc. La cosa cambia cuando se pre-

¹⁵ *Treatise*, III, I, I, págs. 457-458 (674-675).

¹⁶ *Ibid.*, pág. 458 (458-459).

¹⁷ *Ibid.*, pág. 469 (689). Esta doctrina humeana sobre el vicio y la virtud, según la cual ambas nociones no son algo que se da en las cosas, sino en nosotros, guarda una gran semejanza con la que sostiene acerca de la causalidad. También esta noción va a carecer de realidad objetiva. Estas son las palabras de Hume al respecto: «Upon the whole, necessity is something, that exists in the mind, not in objects; nor is it possible for us ever to form the most distant idea of it, considered as a quality in bodies... The efficacy or energy of causes is neither placed in the causes themselves, nor in the deity, nor in the concurrence of these two principles; but belongs entirely to the soul. which considers the union of two or more objects in all past instances». *Treatise*, I, III, XIV, págs. 165-166. Uno de los autores que con más acierto ha detectado este paralelismo ha sido Kemp Smith. Cfr. *The Philosophy of David Hume*, Londres, 1931, págs. 143-147.

tende determinar el de «deducción» y «derivación» —*deduction* y *derivation*—. Probablemente, cualquier significado que se decida conferir a ambos términos queda englobado dentro de la alternativa entre deducción e inducción, o, genéricamente, entre conocimiento analítico y sintético. E, incluso, cabe pensar en que «derivación» cubra la hipótesis de ambos tipos de conocimiento, el inductivo y el deductivo. De modo que cuando Hume afirma la inderivabilidad del «ought» del «is», está oponiéndose a pasar de cualquier modo que sea —inductiva o deductivamente— del ser al deber-ser.

Amparándose en que en el argumento humeano se utiliza con frecuencia el término deducción —*deduction*—, algunos intérpretes modernos sostienen que Hume se niega simplemente a extraer conclusiones en las que aparezca algún término —«ought», por ejemplo— que no se encuentre ya en las premisas. Sin embargo, en Hume el término «deduction» no viene delineado con esta precisión técnica, pues lo utiliza como sinónimo —entre otros términos— de infer¹⁸, de *derived*¹⁹, de *source*²⁰, de *offspring*²¹, etc.

Pero es que, como hemos tenido ocasión de ver, Hume pretende además descalificar toda forma de cognoscitismo, y, por ende, cualquier procedimiento argumentativo del que pueda servirse la ética. Por ello, no es imprescindible interpretar la *indeducibilidad* del «ought» del «is» en sentido estrictamente técnico, sino simplemente en el de negar la existencia de reglas plausibles de transformación, que autoricen el tránsito del «is» al «ought». De aquí que, en términos generales, pueda afirmarse que la tesis de Hume sostiene la rotunda negativa a derivar proposiciones éticas —expresivas de valoraciones o normas éticas, políticas, jurídicas, etc.— de un conjunto de premisas constituidas exclusivamente por proposiciones enunciativas de la lógica ordinaria —expresivas de conocimiento del tipo que sea—.

4. Hemos expuesto con amplitud suficiente la tesis ética fundamental del pensamiento humeano. Nos parece que el filósofo edimburgués es absolutamente claro en su negativa a transitar del «is» al «ought». Por eso, utilizando una terminología relativamente reciente, debemos considerar la actitud de nuestro filósofo como rigurosa y decididamente anticognoscitivista. Nos proponemos ahora, en la segunda parte de nuestro trabajo, descubrir la huella de Hume en importantes sectores del pensamiento ético de los últimos tiempos, particularmente en el neopositivismo y en la filosofía analítica.

II

1. Aunque pueda decirse que la tesis de Hume acerca de las relaciones entre el ser y el deber-ser no sea más que una entre las muchas que sobre el asunto hay, lo cierto es que la clara formulación que de ella hizo el filósofo escocés le ha proporcionado una prevalencia y relevancia histórica y lógica sobre las demás. Al negarse a conceder que los valores o las normas éticas puedan fundarse en el conocimiento —sea éste del tipo que sea— Hume inicia la actitud no-cognoscitivista. Pues bien, el no-cognoscitismo ha sido mantenido cuidadosamente en el área filosófica del neopositivismo. Por eso, la tesis ética humeana, que hemos analizado en la primera parte del presente trabajo, ha encontrado en esta corriente de pensamiento una favorable acogida. Y ello, no sólo por su contenido, sino también por la metodología, pues Hume situó su doctrina sobre el plano lógico, que con tanto esmero ha sido cultivado por los filósofos neopositivistas.

¹⁸ *Treatise*, III, I, I, pág. 468 (688).

¹⁹ *Ibid.*, pág. 457 (674).

²⁰ *Ibid.*, pág. 458 (676).

²¹ *Ibid.*

2. No es éste el momento oportuno para ocuparse de la historia de la filosofía neopositivista. Autores como J. R. Weinberg, J. Jorgensen y J. O. Urmson la han trazado con maestría. Sin embargo, creemos conveniente señalar brevemente sus momentos más importantes en relación con el asunto que nos atañe.

a) Como es sabido, el neopositivismo surgió en los años veinte, por obra de una serie de pensadores que solían reunirse en Viena en torno a Moritz Schlick. Esta especie de cenáculo, del que formaban parte, entre otros, F. Waismann, O. Neurath, H. Feigl y, posteriormente, R. Carnap, se ha dado en llamar Círculo de Viena —Wiener Kreis—. Junto al grupo vienés, tuvo una decisiva importancia en el nacimiento del movimiento el Círculo de Berlín —Berliner Kreis—, al que pertenecían H. Reichenbach, C. G. Hempel, K. Grelling, etc.

Desde el principio, el movimiento neopositivista se caracterizó por su postura marcadamente antimetafísica. Junto a ello, se dedicó con inusual decisión al análisis del discurso científico y al cultivo riguroso de la metodología y de la lógica simbólica. Precisamente por ello, posiblemente las obras que más influencia ejercieron sobre el grupo fueron los *Principia Mathematica* de A. N. Whitehead y B. Russell y el *Tractatus logico-philosophicus* de L. Wittgenstein, sin olvidar las obras de E. Mach²².

La caracterización de la Metafísica como un tipo de discurso sin sentido contó con un instrumento decisivo: la distinción entre proposiciones sintéticas —verificables por medio de la experiencia— y proposiciones analíticas —verdaderas en virtud de las propias convenciones lingüísticas del sistema—. La Metafísica, vendrían a decir estos filósofos, no utiliza ni el lenguaje analítico ni el sintético. Está compuesta, en realidad, de pseudoproposiciones, que, como señalara R. Carnap, tienen por objeto exclusivamente expresar el sentimiento de la vida, sin ser, por ello, ni verdaderas ni falsas²³. Apoyándose en la distinción entre analítico y sintético, Carnap llevó a cabo una división de las ciencias en formales y reales²⁴. Las reales —física, biología, psicología, sociología, etc.— contienen exclusivamente enunciados sintéticos, mientras que las formales —lógica, matemáticas— nada más que analíticos. Esta división ha estado durante mucho tiempo unida al famoso Principio de Verificación, según el cual el significado de una proposición consiste en su método de verificación.

b) Tan estricta y estrecha concepción del significado no podía durar mucho. Y así fue en efecto. La primera ampliación del concepto de significado tuvo lugar en América, al entrar en contacto la filosofía neopositivista con el pragmatismo allí imperantes. Los filósofos pragmatistas hacían hincapié en la situación y actividad del hablante. Ello originó que, junto al punto de vista *sintáctico*, interesado por las propiedades de los signos, y al *semántico*, preocupado por las relaciones entre los signos y los objetos que designan, se concediera importancia al *pragmático*, que ponía el acento en el estado del que usa el signo y en las circunstancias del uso mismo²⁵.

La adopción de este nuevo punto de vista permitió ampliar considerablemente el campo de las proposiciones significativas, reconociéndose un sentido y una función discursiva a proposiciones que, sin ser verdaderas ni falsas, encontraban en el plano pragmático su posibilidad expresiva. Con lo cual, aparecieron, junto al científico, otros tipos de discursos, que privaron a aquel de la atención casi exclusiva que hasta entonces le habían concedido los filósofos neopositivistas. Morris, por

²² A. N. Whitehead y B. Russell, *Principia Mathematica*, Cambridge, 1967. L. Wittgenstein, *Tractatus logico-philosophicus*, Madrid, 1973.

²³ Cfr. R. Carnap, *Ueberwindung der Metaphysik durch logische Analyse der Sprache*, en *Erkenntnis*, II (1953), pág. 238.

²⁴ Véase la nota 13.

²⁵ Cfr. H. Reichenbach, *Elements of Symbolic Logic*, New York, 1960, págs. 15-16. También, A. Pasquiniti, *Introduzione alla logica simbolica*, Torino 1957, págs. 35-36, y R. M. Martin, *Toward a Systematic Pragmatics*, Amsterdam, 1959, págs. 8-9.

ejemplo, distinguió hasta diecisiete tipos distintos de discursos: científico, mítico, tecnológico, lógico-matemático, fantástico, poético, político, retórico, legal, moral, religioso, gramatical, cosmológico, crítico, propagandístico y metafísico²⁶.

c) Sin embargo, fueron los filósofos de la Escuela de Oxford —G. Ryle, P. F. Strawson, H. L. Hart, J. L. Austin, R. M. Hare, etc.— los que llevaron a cabo la ampliación máxima de la temática y la metodología neopositivistas.

Aunque en algunos aspectos los filósofos oxonienses se declaran deudores de G. E. Moore, sin embargo, el gran impulsor de la renovación filosófica que la Escuela de Oxford iba a propiciar fue L. Wittgenstein. Posiblemente, la razón de este influjo verdaderamente decisivo haya que buscarlo en el paso por Wittgenstein de la *Abbildungstheorie*, o teoría de la correspondencia entre los hechos y el lenguaje característica del *Tractatus*, a la concepción del significado de las expresiones como reglas de uso, mantenida en las *Philosophische Untersuchungen*²⁷. Lo decisivo, viene a decir el último Wittgenstein, consiste en saber cómo se manejan las piezas del lenguaje, y en conocer las reglas del *Sprachspiel*. Y como los juegos lingüísticos son variados, también serán diversos los tipos de significados y las funciones del lenguaje²⁸. Lo cual implicaba una apertura total al problema del lenguaje cotidiano, considerado en sus más variados aspectos: estético, ético, político, jurídico, religioso, etc. Y, paralelamente, una ruptura con el criterio de verificación original, tan estrecho y restringido. A modo de resumen, podemos decir que la perspectiva oxoniense ha introducido en el análisis del discurso cotidiano, considerado en todos sus aspectos, una revolución y una liberación de los estrechos criterios neopositivistas, análoga a la que, en el lenguaje científico-matemático, llevó a cabo Carnap con su *Toleranzprinzip*.

3. Conforme el neopositivismo extendía su interés más allá de la ciencia fisico-matemática, el problema ético fue atrayendo progresivamente la atención de los filósofos del movimiento en cuestión. Ciertamente, el neopositivismo se había ocupado de algún modo de los valores ya desde la fase de la *Wissenschaftliche Weltauffassung*. Sin embargo, en este primer momento, la ética se aborda desde un punto de vista psicosociológico —este es el caso, por ejemplo, de *Fragen der Ethik*, de Schlick—, no desde el punto de vista del análisis lógico-lingüístico. De aquí que, dentro del área neopositivista, el problema de la moral pueda concebirse como un esfuerzo de constitución progresiva del objeto ético, considerado como estructura discursiva racional y susceptible de tratamiento lógico-analítico. En este proceso de constitución del objeto pueden distinguirse dos fases, separadas entre sí por el paso de la negación al reconocimiento de la significación del discurso ético y de su articulación según nexos lógicos.

A lo largo de este proceso de racionalización de la ética, predomina entre los filósofos neopositivistas la actitud no-cognoscitivista, que separa radicalmente el ámbito del ser, los hechos, la razón, la verdad y la ciencia del ámbito del deber, el valor y el discurso ético. Con lo cual, la huella humeana queda patente con claridad meridiana en el tratamiento que los filósofos neopositivistas hacen de la ética, sin despreciar, desde luego, el influjo que sobre ellos ejercieron todos los argumentos destinados a probar la inderivabilidad del deber-ser del ser, en particular la llamada por Moore falacia naturalista²⁹. Podemos decir, pues, que la actitud no-

²⁶ Utilizamos el término neopositivismo en un sentido amplio, pues nos referimos con él, además de al neopositivismo propiamente tal del primer momento, al empirismo lógico y a la última fase en que ha venido a parar —por influencia, sobre todo, de la escuela oxoniense— el desarrollo de aquel movimiento: la filosofía analítica.

²⁷ Cfr. *Philosophische Untersuchungen*, en *Schriften*, I. Frankfurt, Suhrkamp, 1960, especialmente 43.

²⁸ *Ibid.*, pág. 23.

²⁹ Tal como la fórmula Moore, «la Falacia Naturalista implica siempre que cuando pensamos «esto es bueno» lo que estamos pensando es que esa cosa en cuestión guarda relación definida con alguna

cognoscitivista propia del neopositivismo encuentra en la tesis de Hume, y en la modificada y ampliada de la falacia naturalista, su fuente y raíz últimas, así como su más acabada expresión.

4. En un principio, el discurso ético va a seguir la misma suerte que el metafísico: va a ser considerado como carente de sentido. Así argumentan, por ejemplo, el primer Wittgenstein y Carnap. Veamos las disquisiciones de ambos al respecto.

En el *Tractatus*, Wittgenstein deja sentado que el «sentido del mundo debe estar fuera de él. En el mundo todo es como es, y todo sucede como sucede; no hay en él valor alguno, ni, si lo hubiese, tendría valor. Si hay un valor que tenga valor, debe quedar fuera de todo lo que ocurre y de todo ser-así»³⁰. Dado que las proposiciones no pueden expresar otra cosa que el acaecer y el ser, es claro que «tampoco puede haber proposiciones de ética»³¹, y, por lo tanto, «la ética no se puede expresar»³². Además, como la ética, según Wittgenstein, surge del deseo de decir algo sobre el significado último de la vida, sobre el bien absoluto o sobre el valor absoluto, no puede constituirse jamás como ciencia³³, y, por ello mismo, no añade nada a nuestro conocimiento.

Por su parte, Carnap comienza estableciendo la conocida distinción entre enunciados analíticos y sintéticos, y, paralelamente, entre ciencias formales y empíricas. Pero como los juicios éticos no son ni analíticos ni sintéticos, no cabe incluirlos dentro de ninguno de los dos tipos de ciencias, que, por otra parte, son las únicas formas posibles de conocimiento. No hay modo de establecer relaciones o vínculos lógicos entre los juicios éticos y las proposiciones de la ciencia, pues aquellos no pueden derivarse de enunciados verificables, ni cabe deducir de ellos previsión alguna³⁴. La acusación de sinsentido dirigida contra la metafísica puede hacerse extensiva, pues, a la ética³⁵.

5. Junto a la descalificación cognoscitiva de la ética, en tanto que sus proposiciones —pseudoproposiciones en realidad— no tienen contenido lógico alguno, Carnap va a formular de manera explícita lo que ha dado en llamarse teoría emotiva de los valores, según la cual los juicios éticos no son más que expresiones de sentimientos que, a su vez, tienden a suscitar sentimientos y voliciones en los que los escuchan.

otra cosa. Pero esta cosa, con referencia a la cual se define bueno puede ser o bien lo que yo denomino un objeto natural —algo cuya existencia es manifiestamente un objeto de la experiencia— o también puede ser un objeto que se infiere únicamente que existe en un mundo real suprasensible». Principia Ethica, Cambridge University Press, 1971, págs. 38-39. A juicio de Ph. B. Rice, la ampliación y modificación que en manos de los neopositivistas experimentó la falacia naturalista, a fin de que sirviera mejor a sus intereses no-cognoscitivistas, vino a convertirla en una Falacia Cognoscitivista: «The Naturalistic Fallacy, then, for them —los no-cognoscitivistas— becomes in effect the Cognitivist Fallacy». *On the Knowledge of Good and Evil*, ed. cit., pág. 13.

³⁰ «Der Sinn der Welt muss ausserhalb ihrer liegen. In der Welt ist alles wie es ist und geschieht alles wie es geschieht; es gibt in ihr keinen Wert und wenn es ihn gäbe, so hätte er keinen Wert. Wenn es einen Wert gibt, der Wert hat, so muss er ausserhalb alles Geschehens und So-Seins liegen». *Tractatus*, ed. cit., parágrafo 6.41.

³¹ «Darum kann es auch keine Sätze der Ethik geben». *Ibid.*, 6.42.

³² «Es ist klar, dass sich die Ethik nicht aussprechen lässt». *Ibid.* 6.421.

³³ Contrasta fuertemente esta opinión con la de M. Bunge, para quien es imprescindible construir «una ética científica, como ciencia de la conducta deseable, que emplee el método científico y los conocimientos científicos acerca del individuo y de la sociedad». *Ética y ciencia*, Buenos Aires, 1967, pág. 15. Sobre la inviabilidad de este proyecto, véase E. Guisán, *Op. cit.*, págs. 43-59.

³⁴ «From the statement "killing is evil" we cannot deduce any proposition about future experiences». *Philosophy and Logical Syntax*, Londres, 1935, pág. 47.

³⁵ Cfr. *Ueberwindung der Metaphysik durch logische Analyse der Sprache*, cit., pág. 237.

Esta teoría emotiva de los valores, cuyo antecedente claro es Hume, y que en los años anteriores al desarrollo del neopositivismo fue sostenido por C. K. Ogden y I. A. Richards, tiene una importancia decisiva dentro del movimiento neopositivista. Ciertamente, amparándose en ella se lleva a cabo una negación radical de la significación de los juicios de valor; pero, al mismo tiempo, su orientación doctrinal propició el reconocimiento de un cierto tipo de lenguaje en las proposiciones éticas, con un sentido y significación específicos. Esta ambigüedad puede detectarse en el mismo Carnap, cuando establece que, aunque erróneamente expresados en forma asertórica, el valor de los juicios éticos es propiamente el de los imperativos³⁶.

La teoría desarrollada por Ayer es claramente emotivista. Aunque los «términos éticos no sirven sólo para expresar sentimientos», pues «están calculados también para provocar sentimientos y para estimular así a la acción», «en todos los casos en que podría decirse que alguien está haciendo un juicio ético, la función de las palabras éticas correspondientes es puramente emotiva»³⁷.

No muy distantes de estas posiciones se encuentran las que sostienen Russell y Reichenbach. Para el primero, cuando alguien dice «esto es bueno», lo que en realidad se propone sería algo así como «ojalá que todos desearan esto». Para Reichenbach, la frase «él debe» tiene el significado de un imperativo subjetivo por parte de quien la pronuncia.

6. Aun sin rechazar en el discurso ético el componente emotivo-prescriptivo —pragmático si se quiere—, la concepción emotivista del discurso moral pronto fue declarada insuficiente. La primera declaración en tal sentido fue la obra de Ch. L. Stevenson *Ethics and Language*, donde se acometen las empresas de clarificar el significado de los términos éticos y de averiguar los métodos mediante los cuales pueden probarse o sostenerse los juicios éticos. Con relación al primer problema, Stevenson sostiene que los términos y proposiciones éticas tienen un significado a la vez descriptivo y emotivo. «Esto es bueno», por ejemplo, consta de la proposición declarativa o asertórica «yo apruebo esto» —que se limita a constatar el estado mental del que habla— y de la proposición imperativa «haz esto», que expresa la función estimuladora o cominatoria de los juicios éticos. En relación con el segundo, Stevenson distingue entre métodos racionales y métodos no racionales. Dejando de lado los métodos no racionales, los racionales establecen la posibilidad de presentar razones capaces de sostener o derrumbar los juicios éticos. Tales razones se encuentran con el juicio en una relación más psicológica que lógica. No implican al juicio a la manera de la ciencia, esto es, inductiva o deductivamente, sino del mismo modo que a los imperativos: eliminando las dudas y titubeos que paralizan la acción.

Posiblemente, el paso más audaz en la línea iniciada por Stevenson —abierta a la posibilidad de incluir el razonar en la ética— haya sido el de los filósofos vinculados al estilo filosófico de la Escuela de Oxford. Estos pensadores, sin negar la función estimuladora del discurso ético, se resisten a reducirlo exclusivamente a ella. Además, la tesis de la multiplicidad de los usos del lenguaje y de sus funciones, tan característica de estos filósofos, ponía a su disposición una gran cantidad de categorías lingüísticas, con las cuales podría caracterizarse mejor el discurso

³⁶ Cfr., *Philosophy and Logical Syntax*, cit., pág. 24.

³⁷ A. J. Ayer, *Lenguaje, verdad y lógica*, trad. de Marcial Suárez, Barcelona, 1977, págs. 125-126. Poco antes, Ayer deja sentado el carácter emotivista de su ética con estas palabras: «Así, si yo digo a alguien: "Usted obró mal al robar ese dinero" no estoy afirmando nada más que si dijese, simplemente, "Usted robó ese dinero". Al añadir que esta acción es mala, no estoy haciendo ninguna más amplia declaración acerca de ella. Sólo estoy poniendo de manifiesto la desaprobación moral que me merece. Es como si dijese "Usted robó ese dinero", con especial tono de horror, o como si lo escribiese añadiéndole determinados signos de exclamación. El tono o los signos de exclamación no añaden nada a la significación literal de la oración. Sólo sirven para demostrar que la expresión está acompañada de ciertos sentimientos del que habla», *Op. cit.*, págs. 124-125.

ético que sirviéndose exclusivamente de los imperativos³⁸. Sin embargo, la preocupación fundamental de los analíticos oxonienses es el de la articulación lógico-racional del discurso ético. En este sentido, los pensadores más representativos son Toulmin y Hare.

El título de la obra más importante de Toulmin³⁹ es ya significativo al respecto. Según Toulmin, los emotivistas han descuidado, si no negado abiertamente, la cuestión de la validez de las inferencias éticas⁴⁰. No obstante, puede ilustrarse un doble modo de razonar en ética. Cabe, en primer lugar, preguntarse por la justeza o rectitud de una acción, en función de su acuerdo o desacuerdo con el código moral vigente o la común práctica social. Pero es que, en segundo lugar, es hacedero incluso preguntarse no ya por una acción, sino por el principio conforme al cual se califican las acciones, por el código moral aceptado. En este caso, lo determinante para Toulmin son las consecuencias sociales de la decisión. Por tanto, a su juicio, el criterio último al que debe apelar todo razonamiento es la armonía de los intereses de los miembros de una comunidad⁴¹.

Hare persigue un proyecto semejante: la racionalización del discurso ético⁴². En la línea del pensamiento neopositivista, Hare continua insistiendo en que los juicios éticos tienen una función prescriptiva —*are action-guiding*— y, por ello, implican imperativos⁴³. Además, sigue sosteniendo la irreductibilidad de los imperativos a los indicativos. Sin embargo, no niega que, junto a un significado exhortativo, los imperativos tengan otro estrictamente descriptivo⁴⁴. Pero lo más decisivo consiste, a nuestro juicio, en que para Hare los imperativos también están dotados de sentido, consistente en su pretensión de dar respuestas a las cuestiones prácticas que seres racionales —que ajustan su conducta a reglas—, puedan plantearse.

7. Podríamos decir, pues, que para Hare el problema de la racionalidad del discurso ético se resuelve en el de la lógica de los imperativos. Aunque con importantes desarrollos previos, por parte incluso de los propios neopositivistas⁴⁵, la lógica de los imperativos no alcanzó una perfección técnica suficiente hasta que aparecieron las obras de E. Mally y de K. Menger⁴⁶. Este impulso racionalizador inicial pronto sufrió una crisis, causada por la acusación neopositivista de sinsentido dirigida a todas las proposiciones que no fueran descriptivas. Sin embargo, la decisión de racionalizar el discurso imperativo, y, por medio de él, el ético, prevaleció sobre la tendencia crítica.

Las tentativas iniciales⁴⁷ culminan al final de los años cuarenta con una profusa

³⁸ En contraposición a los enunciados asertóricos, Toulmin habla de proposiciones *gerundiva* y Austin de *operative* o *performative*. Sobre los conceptos gerundivos, véase E. Guisán, *Op. cit.*, pág. 34. Acerca de las proposiciones performativas el trabajo del propio Austin *Performatif-Constatif*, en *La Philosophie Analytique*, París, 1962.

³⁹ *An examination of the Place of Reason in Ethics*, Cambridge 1964. Existe versión castellana de I. F. Arisa, *El puesto de la razón en la Etica*, Madrid, 1964.

⁴⁰ Cfr. *An Examination of the Place of Reason in Ethics*, pág. 51.

⁴¹ Cfr. *Op. cit.*, especialmente capítulos X y XI.

⁴² Cfr. R. M. Hare, *The Language of Morals*, Oxford, 1964, pág. 51.

⁴³ *Ibid.*, págs. 163-172.

⁴⁴ *Ibid.*, pág. 118.

⁴⁵ Acerca del desarrollo histórico de la lógica de los imperativos pueden consultarse G. Kalinowski, *Introduction a la logique juridique*, París, 1965, especialmente capítulo III y O. Weinberger *Die Sollsatz-problematik in der modernen Logik*, Praga, 1958.

⁴⁶ E. Mally, *Grundgesetze des Sollens: Elemente der Logik des Willens*, Graz, 1926. K. Menger, *Moral, Wille und Weltgestaltung. Grundlegung zur Logik der Sitten*, Viena, 1934.

⁴⁷ Entre estas tentativas merecen destacarse dos. La primera pretende reducir los imperativos a enunciados asertóricos, y los autores más destacados de tal propósito fueron K. Menger con su obra *A Logic of the Doubtful. On Optative and Imperative Logic*, Reports of a Mathematical Colloquium, 2.^a serie, Notre Dame University, Indiana University Press, 1933, págs. 59-60 y H. G. Bohnert, *The Semiotic Status of Commands*, en *Philosophy of Science* (1945). La segunda tentativa aspiraba a construir un tipo de relaciones inferenciales semejantes a las que tienen validez en el lenguaje descriptivo. Los autores más destacados son, ahora, J. Jorgensen, A. R. Ross, A. Ledent, etc. Cfr. G. Kalinowski, *Op. cit.*, págs. 74 y ss.

literatura sobre la lógica del discurso ético. La más importante contribución en este campo es, sin embargo, la de Hare⁴⁸.

Las proposiciones imperativas y las indicativas coinciden, a juicio de Hare, en la común referencia a un cierto estado de cosas. Tal estado de cosas se llama habitualmente contenido de la proposición, o, en la propia terminología de Hare, *frástico*. Ahora bien, el contenido o frástico se usa en el discurso imperativo como exhortación a una acción determinada, mientras que en el enunciativo, exclusivamente para establecer un hecho. Al distinto «estilo» o «modo» de cada una de las proposiciones lo llama Hare *neústico*⁴⁹. Esta distinción permite defender la racionalidad del discurso imperativo, pues el criterio neopositivista de verificación ha de aplicarse, en rigor, sólo al frástico del enunciado, con lo cual también de los imperativos, según sean o no verificables, podrá predicarse el sentido o el sinsentido. Ocurre, además, que la contradicción tiene lugar en el frástico, y, por tanto, puede darse en ambos discursos. Lo cual supone, por otro lado, que, si se puede dar la contradicción en el discurso imperativo es porque existen en él cánones lógicos que habrá que seguir para evitarla⁵⁰. Con ello, Hare esboza, incluso, una silogística de los imperativos paralela a la de los indicativos. Sin embargo, la silogística de Hare concluye, finalmente, de manera desalentadora: vale para extraer una conclusión válida de unas premisas determinadas; pero las premisas mismas quedan sin justificación racional. Son una decisión personal que cada uno —¿según sus gustos?— adopta⁵¹. Cabe, pues, decir que en Hare aparece una filosofía moral de corte racionalista. Pero sólo si entendemos por ello que las proposiciones del discurso ético pueden conectarse entre sí mediante nexos lógicos, pero no si aspiramos a que las premisas sean, además, válidas objetivamente —*perceived by reason* en el sentido humeano—. Dicho de otro modo, Hare continua siendo un anticognoscitivista: el discurso ético, aun cuando pueda conectar lógicamente sus premisas, tiene siempre un principio meramente subjetivo.

El momento de mayor esplendor de la tesis de Hume y de la falacia naturalista es contemporáneo del auge del intento de Hare por construir una teoría lógica del discurso ético. En *What can Logic do for Philosophy?*⁵², Popper contesta abiertamente la posibilidad de derivar proposiciones éticas de proposiciones factuales. En obras posteriores, llevará a término esta inicial indicación, al sostener que lo más importante que puede decirse en ética es de naturaleza lógica, a saber, la imposibilidad de derivar reglas éticas no tautológicas de enunciados que versen sobre hechos. De modo semejante, Prior va a sostener que ninguna conclusión ética puede inferirse de premisas enteramente no éticas⁵³, al tiempo que traza la historia de este principio dentro de la tradición filosófica inglesa. En general, puede decirse que gran parte de la obra de Stevenson, Toulmin y Hare están empeñadas en la negación específica de la pertenencia de las proposiciones éticas al ámbito de la ciencia, de la definibilidad de sus predicados sobre la base de propiedades empíricas, y de su derivabilidad de proposiciones cognoscitivas. Stevenson, por ejemplo, a la pregunta de qué distingue las propiedades éticas de las científicas, responde que las primeras tienen un significado parcialmente imperativo, que explica el hecho de que la ética no sea una rama de la psicología o de la ciencia natural.

⁴⁸ Primero, en *Imperative sentences*, Mind, LVIII (1949); después, en *The Language of Morals*, Oxford, 1964.

⁴⁹ La distinción entre frástico y neústico se encuentra ya en Kraft. A este propósito, D. Antiseri sostiene que «secondo Kraft i concetti di valore contengono due componenti, una puramente fattuale, neutrale, ed una componente caratterizzante, che stabilisce il particolare carattere di valore». *Dal neopositivismo alla filosofia analitica*, Roma, 1966, pág. 216. En Lewis se encuentra, igualmente, perfectamente diseñada esta distinción. Cfr. C. I. Lewis, *An Analysis of knowledge and Valuation*, La Salle III, 1962, pág. 49.

⁵⁰ Cfr. R. M. Hare, *The Language of Morals*, pág. 24.

⁵¹ Cfr. *Op. cit.*, pág. 70.

⁵² K. R. Popper, *What can Logic do for Philosophy*, en *Aristotelian Society Proceedings* (suppl.) XXII (1948).

⁵³ Cfr. A. N. Prior, *Logic and the Basis of Ethics*, Oxford, 1945, págs. 24 y 95.

Aunque no de manera tan neta como otros analistas, Toulmin también se opone al paso del ser al deber-ser. Entre hecho y valor media una rotunda diferencia; no obstante puede cubrirse el intervalo, aunque no como resultado de una transformación lógica⁵⁴.

La contribución de Toulmin al carácter no-cognoscitivista del neopositivismo no se sitúa, pues, en el plano de la inferencia de los hechos a los valores. El asunto sobre el que, más bien, ha hecho hincapié Toulmin ha sido el siguiente: los juicios éticos, considerados en sí mismos, no son, en verdad, juicios cognoscitivos de ningún tipo. El significado de «X es justo» no es —dice Toulmin— el de «X es conforme a una norma», ni el de «X ofrece los mejores resultados», sino el de «X es lo que hay que hacer», lo cual tiene un sentido gerundivo. Tratar de traducir los juicios éticos en factuales es incurrir en la falacia naturalista y confundir los hechos con los valores⁵⁵.

También Hare va a razonar en una línea de pensamiento semejante. Para él, los terminos expresivos de valores no aluden a propiedades de ningún tipo⁵⁶. Además, sostiene que las proposiciones éticas implican imperativos, los cuales tienen una estructura distinta de la de los imperativos, a los que de ningún modo son reducibles, pues, de serlo, habría que excluir de los juicios morales la posibilidad de cumplir su principal función: regular nuestra conducta⁵⁷.

Hare avanza aún más en la línea del anticognoscitvismo de corte humeano, pues aspira a mostrar que ningún sistema moral puede fundarse sobre principios autoevidentes o necesarios, ni sobre premisas factuales. Bastaría tener esto en cuenta para rechazar, en la línea de Hume, todos los sistemas vulgares de moralidad⁵⁸. En efecto, un principio de conducta puede ser autoevidente o necesario en un sentido lógico o en uno psicológico. En el primero de los casos es un juicio analítico. Mas los juicios analíticos, sostiene Hare, son vacíos, carecen de poder para prescribir una acción mejor que otra. En el segundo, expresa una escueta imposibilidad relativa, de hecho. Pero jamás de un hecho podrá inferirse una prescripción moral⁵⁹. La negación de la racionalidad de la moral viene, de este modo, a parar en la tesis de la inderivabilidad de las proposiciones éticas de las factuales, o en la de los imperativos a partir de los indicativos.

A través de diversos sistemas de lógica, como el de L. Bergström o el de N. Rescher⁶⁰, la tesis de Hume, en la forma de inderivabilidad de los imperativos a partir de los indicativos, llega intacta a P.H. Nowell-Smith. Este autor sostiene que el razonamiento ético según el cual a partir del hecho de que determinadas cosas son así —en general se trata de afirmaciones sobre Dios o sobre la naturaleza humana— se llega a la conclusión de que debemos actuar de tal o cual manera es ilegítimo, pues la conclusión de un argumento no puede contener nada que no esté en las premisas, y en las premisas factuales no hay ningún «ought»⁶¹. Así, pues, también Nowell-Smith retoma la tesis humeana como un modo de contestación al cognoscitvismo.

La actitud no-cognoscitivista, retrotraible en última instancia a Hume, ha podido detectarse también en el terreno de la lógica deóntica, donde ha adquirido el rango de criterio decisivo para la discusión técnica. Este es el caso de A. R. Anderson⁶², quien ha desarrollado una lógica deóntica en la que la modalidad del

⁵⁴ Cfr. S. E. Toulmin, *Op. cit.*, pág. 223.

⁵⁵ *Ibid.*, pág. 154.

⁵⁶ Cfr. M. R. Hare, *Op. cit.*, págs. 94 y ss.

⁵⁷ *Ibid.*, pág. 46.

⁵⁸ *Ibid.*, pág. 44.

⁵⁹ *Ibid.*, págs. 41-42.

⁶⁰ Cfr. L. Bergström, *Imperatives and Ethics*, Estocolmo, 1962, págs. 46-47 y N. Roscher, *The Logic of Commands*, Londres, 1966, págs. 72-75.

⁶¹ Cfr. P. H. Nowell-Smith, *Ethics*, Londres, 1965, págs. 36-37.

⁶² A. R. Anderson, *The Formal Analysis of Normative Concepts*, en *American Sociological Review*, XXII (1957) y *A Reduction of Deontic Logic to Alethic Modal Logic*, en *Mind*, LXVII (1958).

deber-ser viene definida en términos de aplicación de la sanción. Sin embargo, las construcciones de este tenor han sido criticadas por E. J. Lemmon y P. H. Nowell-Smith, quienes afirman que, en última instancia, definen el «ought» en términos de «is», incurriendo en el clásico error racionalista —*classic rationalistic error*— denunciado por Hume⁶³.

8. No pueden quedar dudas de que, dentro del neopositivismo, el no-cognoscitivismo es dominante. Sin embargo, no es exclusivo. El mismo fundador del *Wiener Kreis* no sustenta una actitud semejante. Según Barone⁶⁴, Schlick fue el único circulista que no aceptó la concepción emotivista de los valores; más bien al contrario: trató de encontrar una fundamentación para su ética. Naturalmente, dados sus principios epistemológicos, la fundamentación que buscaba no podía ser de carácter metafísico, sino empírico-científico. A su juicio, las valoraciones dependen de las leyes de la motivación. Siendo el placer la motivación máxima, habrá que establecer que el hombre elige lo que proporciona mayor placer, que, en el sentido amplio que le da Schlick, se identifica con útil a la sociedad. De este modo, «bueno» y «moral» vienen a significar lo ventajoso y útil para la mayoría.

Pero no es Schlick un caso aislado. El contacto del neopositivismo con el pragmatismo produjo un alejamiento semejante de la tesis humeana. Veámoslo en uno de los más elevados representantes del pragmatismo: Dewey.

Aunque hay otros, el hecho que más netamente separa a Dewey del neopositivismo es la creencia del filósofo americano en la posibilidad de una ética científica. No es que niegue, desde luego, el carácter emotivo de los juicios de valor; ni la diferencia existente entre el enunciado de un hecho y el juicio sobre la importancia de que una determinada acción haya de ser realizada. Pese a todo ello, Dewey no se proponía, sin embargo, negar la posible conexión entre ciencia y moral. Rechaza, ciertamente, una forma peculiar de naturalismo: el denominado *optimismo naturalista*, que atribuye a la moral la función de dar el beneplácito a los hechos y a su modo de producirse. Al contrario que el optimismo en cuestión, Dewey supone que una de las funciones de la inteligencia es, precisamente, establecer cuando la razón debe conformarse con los hechos y cuando debe perseguir su transformación.

Pero es que, sin despreciar nada de lo anterior, hay una razón aún más honda. Se trata de que, en la lógica de Dewey, no es posible separar los juicios de valor de los juicios de hechos, pues la valoración es inherente al juicio como tal. Y la ciencia misma es más que un valor: es la suprema garantía y el medio mejor para la determinación válida de las valoraciones de cualquiera de los aspectos de la vida humana y social.

9. Aunque la ha combatido con cierta tenacidad, el neopositivismo no ha podido evitar que la actitud de Dewey empapase en mayor o menor medida su cultura. Morris, por ejemplo, a quien se debe la introducción de la dimensión pragmática en el análisis del lenguaje, reconoce que la ciencia trata sólo con hechos y no con valores. Lo cual no obliga a separar irreconciliablemente las ciencias naturales de las socio-humanísticas. Para la unidad del saber resulta claro, en cambio, que no hay diferencias insalvables entre los procedimientos y argumentos de la ciencia natural y los de las ciencias socio-humanísticas. Al final, Morris va a determinar concibiendo el discurso moral de manera semejante a Dewey: como un discurso que valora las acciones sobre la base del bienestar del grupo. De este modo, viene a fun-

⁶³ Cfr. P. H. Nowell-Smith y E. J. Lemmon, *Escapism: the Logical Basis of Ethics*, Mind, LXIX (1960), págs. 296-300. También Kalinowski, pese a declararse iusnaturalista, acepta la tesis humeana y rechaza la falacia naturalista en que, a su juicio, incurren los sistemas andersonianos. Véase, al respecto, su *Initiation a la Philosophie Morale*, Paris, 1966, especialmente págs. 127-129.

⁶⁴ Cfr. F. Barone, *Il neopositivismo logico*, Torino, 1957, págs. 193-194.

dar la ética en las ciencias que versan sobre los hechos, en concreto, sobre la psicociología⁶⁵.

Este naturalismo —*lato sensu*— de inspiración deweiniana ha sido criticado por Stevenson, por ejemplo. Sin embargo, su influjo no se limita a Morris, pues ha sido retomado por otros filósofos que se mueven sobre el terreno del análisis lógico.

Este es el caso de A. Visalberghi, que aspira a una «fondamentazione naturalistica dell'etica»⁶⁶. Según este filósofo, los juicios de valor son semejantes a las reglas de la prudencia: «si obras así, sufrirás tales consecuencias». Estas advertencias son una subclase de las expresiones prescriptivas, que para Visalberghi son traducibles en aserciones de forma alternativa del tipo: «haz esto, o te sucederá esto otro»⁶⁷.

10. Pero la contestación más decidida al rigor de la tesis humeana tiene lugar en el momento en que el neopositivismo abandona la concepción de las proposiciones éticas como proposiciones sin sentido y, por ello mismo, decide afrontar el problema de la justificación y de la lógica del discurso moral.

Así, por ejemplo, Findlay, que se pone junto a los *modern sentimentalists*, cree que aunque los juicios éticos no descubren realidades objetivas, son justificables por medio de verdades de hecho, y calificables, en última instancia, de verdaderas o falsas⁶⁸.

Más significativo es si cabe el caso de Popper, pues junto a su conocida tesis sobre la indeducibilidad de proposiciones prácticas de proposiciones de hecho, va a convivir otra netamente distinta. En esta segunda, Popper no tiene reparo en poner de manifiesto que no comparte la concepción sobre el carácter de sinsentido de las proposiciones éticas. Al contrario, cree en una lógica de las normas. Además, Popper observa —siguiendo de cerca lo que habían demostrado Tarski y Carnap para la semántica del discurso descriptivo— que se puede deducir una norma de una proposición metalingüística que afirme que tal norma es válida o justa. Y si utilizamos el término hecho *lato sensu* —para abarcar, incluso, el siguiente hecho: tal norma es válida o justa— podemos decir que una norma es derivable de un hecho⁶⁹.

Sin despreciar las contestaciones que venimos exponiendo, el reto más audaz y eficaz contra la tesis humeana procede de Toulmin. Aún reconociendo la parcela de verdad inserta en la tesis emotivista y el error que conlleva el intento de identificar los juicios éticos con los factuales, Toulmin se niega a extraer de ahí la tesis anti-cognoscitivista: que los juicios éticos no sean derivables de juicios factuales. Expresamente habla Toulmin de la tesis contraria, cuando se refiere a la inferencia valorativa característica de los juicios éticos, por medio de la cual transitamos de «razones factuales a una conclusión ética»⁷⁰. Este reconocimiento singular por parte de Toulmin provocará una contracción de las pretensiones y el significado de la falacia naturalista. Aunque sea erróneo identificar hecho y valor, no lo es, en cambio, deducir el segundo del primero. Dicho de otro modo: las proposiciones factuales pueden ser un fundamento válido —*good reasons*— para extraer conclusiones éticas, aunque éstas no sean idénticas a aquellas⁷¹.

⁶⁵ En esta decisiva idea se fundamentan gran parte de sus escritos sobre temas éticos: *Paths in Life*, New York, 1942. *The Open Self*, New York, 1948. *The Varieties of Human Value*, Chicago, 1956.

⁶⁶ A. Visalberghi, *Esperienza e valutazione*, Torino, 1958, pág. 2.

⁶⁷ *Ibid.*, especialmente cap. II.

⁶⁸ Cfr. J. N. Findlay, *Morality by Convention*, Mind LIII (1944).

⁶⁹ Cfr. K. R. Popper, *The Open Society and its Enemies* (2 vol.), New York and Evanston, 1963, págs. 61-64 y 234 (vol. I). Prácticamente a la vez que Popper, el filósofo analítico S. Hampshire va a sostener una tesis muy parecida, apuntando incluso la posibilidad de encontrar soluciones éticas cognoscitivistas que superen los esquemas lógicos ordinarios. Cfr. *Fallacies in Moral Philosophy*, Mind LXVI (1957).

⁷⁰ *Op. cit.*, pág. 38.

⁷¹ *Ibid.*, pág. 55.

Los ataques dirigidos a la teoría inferencial de Toulmin⁷² no han servido para revigorizar la tesis humeana, pues en los últimos años se han recrudecido los ataques contra ella, con argumentos más precisos y técnicos si cabe. O. L. Perry, por ejemplo, observa que la indeducibilidad del deber del ser, tan expeditivamente asumida por los no-cognoscitivistas, es, en realidad, un problema abierto y susceptible de discusión⁷³. Por su parte, D. Rynin muestra cómo algunas proposiciones factuales implican proposiciones normativas y viceversa. Además observa algo que nos parece del máximo interés: puesto que una proposición normativa N unida conjuntamente con otra sobre hechos H puede implicar una conclusión normativa N', por la ley lógica de la exportación puede establecerse que exclusivamente la premisa sobre hechos H implica la proposición normativa «si N entonces N'»⁷⁴.

Sin embargo, la réplica más destacada y sorprendente contra el no-cognoscitismo de origen humeano ha sido la de Prior, sobre todo por lo que supone de auténtica retractación de las tesis mantenidas en su *Logic and the Basis of Ethics*. Prior viene a establecer básicamente que existen innumerables ejemplos de conclusiones éticas no tautológicas, expresadas en términos de «ought», formalmente deducibles de premisas consistentes no éticas, en las que no aparece ningún «ought»⁷⁵.

11. Aunque no han dejado de producirse esporádicamente rebrotes defensores de la tesis humeana⁷⁶, ciertamente la opinión más generalizada en la actualidad es que de ninguna manera se trata de una regla definitivamente probada que haya que aceptar sin discusión. Por eso, los que aún siguen sosteniendo su validez, o bien hablan de ella con una reservada cautela, o bien tratan de probar su validez intentando nuevas vías demostrativas. Así, por ejemplo, A. Montefiore, aún cuando continúa sosteniendo la inderivabilidad del «ought» del «is», considera que tal cuestión no es un asunto o teorema lógico más que pueda demostrarse con los medios técnicos de la lógica⁷⁷. Por su parte, Kalinowski sigue concediendo validez a la tesis humeana; no obstante, limita el significado del término «deducción» al que le concede la lógica formal ordinaria. Por eso, puede seguir afirmándose que, tanto en la ética como en cualquier otra ciencia práctica, el conocimiento teórico se constituye en fundamento del práctico⁷⁸. Finalmente, Scarpelli concede cierta validez a la tesis de Hume, lo cual no le impide reconocer el rechazo de que es objeto por importantes sectores⁷⁹. Por otro lado, como a su juicio carecen de validez definitiva

⁷² Como más significativo merece destacarse el realizado por R. M. Hare en *An Examination of «The Place of Reason in Ethics»* by S. E. Toulmin, en *Philosophical Quarterly* I (1951) y en *The Language of Morals*, cit. págs. 45 y ss. También es digna de consideración la crítica de G. C. Kerner en *The Revolution in Ethical Theory*, Oxford, 1966, especialmente cap. II.

⁷³ Cfr. O. L. Perry, *The Logic of Moral Valuation*, Mind, LXVI (1957).

⁷⁴ Cfr. D. Rynin, *The Autonomy of Morals*, en Mind, LXVI (1957).

⁷⁵ Cfr. A. N. Prior, *The Autonomy of Ethics*, en *Australasian Journal of Philosophy*, XXXVIII (1960). Para no incurrir en reiteración, nos limitamos a enumerar a continuación otros destacados autores que han contestado la actitud no-cognoscitivista: P. T. Geach, *Imperative and Deontic Logic*, en *Analysis*, XVIII-3 (1958). J. Searle *How to Derive "ought" from "is"*, en *Philosophical Review*, LX-XIII (1964). M. Black, *The Gap between "Is" and "Should"*, *Philosophical Review*, LXXIII (1964).

⁷⁶ Véanse, por ejemplo, las críticas que conta Rynin, Geach, Prior y Black dirigen, respectivamente, R. F. Atkinson, *The Autonomy of Morals*, en *Analysis*, XVIII (1958); L. Bergström, *Imperatives and Ethics*, Estocolmo, 1962, especialmente págs. 45-46; J. M. Shorter, *Professor Prior and Autonomy of Ethics*, en *Australasian Journal of Philosophy*, XXXIX (1961); M. F. Cohen, «Is» and «Should»: *An Unbridged Gap*, en *The Philosophical Review*, LXXIV (1965). Objeto especial de críticas ha sido Searle, contra quien las han dirigido, entre otros, A. Flew, *On not Deriving «Ought» from «Is»*, en *Analysis*, XXV-2 (1964); J. E. McClellan y B. P. Komisar, *On Deriving «Ought» from «Is»*, en *Analysis*, XXV (1964); J. y J. Thomson, *How not to derive «Ought» from «Is»*, en *Philosophical Review*, LXXIII (1964); H. Ofstad y L. Bergström, *A Note on John R. Searle's Derivation of «Ought» from «Is»*, en *Inquiry*, VIII (1965).

⁷⁷ Véase al respecto A. Montefiore, *A Modern Introduction to Moral Philosophy*, Londres, 1958.

⁷⁸ Cfr. G. Kalinowski, *Initiation a la philosophie Morale*, Paris, 1966, pág. 129.

⁷⁹ Cfr. U. Scarpelli, *Cos'è il positivismo giuridico*, Milán, 1965, especialmente págs. 82 y 147.

gran parte de los intentos de fundamentación de algunos filósofos analíticos, se cree en el deber de intentar una justificación nueva⁸⁰.

12. La sinuosa trayectoria que acabamos de recorrer permite concluir lo siguiente: la tesis de Hume más que una ley es, rigurosamente, un problema. Y su problematicidad la ha puesto de manifiesto el desarrollo del mismo positivismo, que en otro tiempo tan fervientemente la acogiera, de la filosofía analítica y de la investigación lógica.

Aunque la tesis de Hume maduró sobre el terreno del neopositivismo, pues esta corriente aspiraba a ser una filosofía científica, y, paralelamente, la tesis de Hume se alzaba con las pretensiones de ser la interpretación y solución lógica de un problema especulativo, el desarrollo de la metateoría del discurso ético ha sido uno de los fenómenos que más ha venido a poner en evidencia el carácter problemático de la tesis de Hume. Con lo cual, el campo en el que, en otro tiempo, la tesis de Hume hundía sus raíces, extrayendo de él la energía y el valor que le permitía presentarse como tesis definitiva de la ética, ha sido el que, en la actualidad, la ha rechazado con mayor contundencia. De manera semejante, el formalismo estricto vino a decaer con la renovación filosófica propiciada por la escuela oxoniense y su apertura a las innumerables particularidades del discurso común y a la pluralidad de sus posibles estructuras.

Por todo esto, nos parece oportuna la proposición que antes anunciábamos, a saber, que en el estado actual de la investigación sobre los temas éticos, la tesis de Hume más que una ley —con el carácter definitivo propio de este término— es un auténtico problema, que propicia y estimula el inicio de nuevas investigaciones sobre el asunto.

⁸⁰ Cfr. U. Scarpelli, *Filosofía analítica norme e valori*, Milán, 1962, págs. 74-75.